



RespiroCreativo

Escaleta del podcast

“Entre canas y raspones”

Duración: 20 minutos

Tiempo	Nombre de la sección	Descripción	Recursos
05 seg	Intro	“Entre canas y raspones” Un podcast que mezcla la sabiduría de nuestras personas mayores con la creatividad de las niñas, niños y adolescentes.	Música Intro

15 seg	Bienvenida	<p data-bbox="639 241 1128 360">Bienvenidas y bienvenidos a nuestro primer programa de "Entre canas y raspones"</p> <p data-bbox="639 472 1128 763">Este espacio es para escuchar las grandes historias que nos cuentan nuestros abuelos y abuelas desde que éramos niños y que ahora como nietos queremos que se conozcan en nuestro país y en otros países.</p> <p data-bbox="639 875 1128 1122">Como bien diría el gran Eduardo Galeano, los hombres y las mujeres estamos hechos de historias y además creo que nos unen, es así como América Latina es tan fuerte.</p> <p data-bbox="639 1234 1128 1816">En este programa escucharemos la historia de Don Jesús Ortega, un campesino revolucionario de México quien mostro valentía para volver con el amor de su vida, también compartiremos la historia de Flora, una niña de Republica Dominicana que recuerda las palabras de libertad de su padre "Cuando cae el jefe" y por último escucharemos una situación particular que ocurrió en el festejo de cumpleaños de Margarita de Perú.</p>	Voz de locutor
--------	------------	---	----------------

--	--	--	--	--

4.15 minutos	Historia 1 "México"	(Anexo 1)	Voz Emmanuel
2 minutos	Historia 2 "República Dominicana"	(Anexo 2)	Voz Flora
20 seg	Comentario locutor	<p>Sin duda estas historias en hacen pensar en cómo los momentos de lucha y revolución han quedado marcado en nuestros pueblos y aunque la historia nacional nos habla de generalidades que bello es escuchar el impacto y las emociones que sintieron estos abuelitos.</p> <p>Por último, escucharemos la historia de Margarita, quien no vivió un festejo de cumpleaños nada común.</p>	Voz de locutor
3.50 minutos	Historia 3 "Perú"	(Anexo 3)	Voz Esperanza
2 min	Despedida	<p>Sin duda escuchar estas historias, nos hacen conectarnos con nuestras emociones y con las vivencias de nuestros abuelos.</p> <p>Cada jueves estaremos contando historias nuevas, no olvides que es un programa colaborativo y que tu puedes grabar a tu abuelit@ y su historia.</p>	Voz Locutor

		<p>Haznos llegar tus grabaciones y tu historia en el correo electrónico: canasyraspones@gmail.com</p> <p>Las bases de participación las podrás encontrar en nuestra FanPage y en la descripción de este programa.</p> <p>Recuerda que aunque nuestr@s abuel@s no puedan estar en este momento con nosotros, sus historias siempre nos acompañarán, por ahora en casa pero cuando podamos retomar nuestras actividades después de esta contingencia sanitaria, haz que estas historias, te acompañen en tu trabajo, en tu coche, en el gym o en cualquier lado.</p>	
--	--	--	--

Aún recuerdo la mañana que mi padre me llevó por primera vez al cementerio, me dijo que conoceríamos a mi abuelo, un hombre revolucionario, que había luchado por la libertad del campo y los derechos de los campesinos, sus compañeros de tierra, de trabajo y de sudor. Yo de niño, no sabía porque le daba tanto valor al maíz o al nopal, había mucho y a mí ni me gustaba. En fin, camine junto a mi padre el gran Sr. Gabriel Ortega y mientras caminábamos por las tumbas tristes y abandonadas, me dijo: - Te voy a contar una historia de amor, de dolor y de valentía, entonces, él comenzó:

Su nombre era Jesús Ortega, un joven de apenas 17 años, en el rancho todos lo conocían por sus ideas raras sobre la libertad, y que se la pasaba en las cantinas escuchando las hazañas de un tal Zapata, el caudillo del Sur. Jesús, además de ser un muchacho muy inteligente, era muy galán y a pesar de la pobreza en la que se hundía su familia siempre conquistó a más de una mujer en el pueblo, pero su corazón solo pertenecía a Rosita. Su mejor amigo era Valentín Cruz, un joven con dinero, aunque menos inteligente y galán que Jesús. Una tarde, en la que juntos montaban a caballo, se encontraron con que el ejército Zapatista estaba reclutando a personas para la Revolución, la gente comentaba que solo los reclutaban para morir y que, en lugar de ser héroes, eran ladrones del campo que violaban a sus mujeres y saqueaban los pueblos.

El par de amigos se mostró precavido y reservado ante los comentarios del pueblo, pero Jesús sabía que debía participar en la lucha, y solo con la mirada supo que también Valentín pensaba lo mismo. Es así, que Jesús fue a casa de Rosita, a declararle su amor y decirle que regresaría después de la revolución a casarse con ella, que lo esperará y que juntos formarían una familia, Rosita ya sabía que su corazón siempre sería de él y le prometió esperarlo. Lo que ninguno de los dos sospechaba es que Valentín en realidad le tenía mucha envidia a Jesús y miedo por ir al frente, así que el día que se irían juntos Valentín se disfrazó de mujer para que no lo reconocieran en el pueblo y fingió estar desaparecido, por lo que Jesús tuvo que enfrentarse solo en una Revolución que no sabía qué esperar.

No conforme Valentín con haber abandonado a su amigo a su suerte, después de unos meses fue a la casita de Rosita, a decirle que Jesús había muerto en batalla y que le había dicho que su última palabra era que su mejor amigo desposará al amor de su vida, evidentemente Rosita no aceptó la declaración de amor de Valentín y cayó en una tristeza terrible al no poder estar a lado de quien siempre había sido su alma gemela.

Al paso de dos años, mientras las personas del pueblo se daban cita para recibir algunos hijos que regresaban de la lucha, Jesús Ortega volvió a su hogar, cansado pero con los ojos llenos de orgullo por haber luchado por su pueblo, herido pero con la esperanza de volver a ver a su Rosita, esa misma tarde no perdió tiempo y fue a buscar a sus tíos para que lo acompañaran a pedir la mano de su amada, pero al entrar a la cantina se dio cuenta que Valentín estaba en una de las mesas tirado de borracho, se acercó y con los manos rojas de tanta ira, pero con las lágrimas en la mejillas de saber que su amigo estaba vivo lo abrazó, el esperaba respuesta a su abrazo, pero recibió lo contrario, Valentín sacó su navaja y se la quiso clavar en una de sus costillas, era una situación que no podía entender su amigo, solo tuvo opción de dar un paso hacia atrás mientras escucho la fuerza de una bala que había pasado a su lado, con la misma incertidumbre vio a Valentín caer con la herida que le había hecho el rifle de su tío Genaro por defenderlo.

Así terminó su historia, mi padre, mientras finaliza la limpieza de la tumba de mi abuelo, me tomo de la mano y sumó: Es por eso por lo que tu abuela Rosita te dice que le recuerdas a tu abuelo, por ser un niño valiente y con ojos llenos de esperanza. Ya es hora Pedro, tu madre ya debe estar preocupada...

Anexo 2

“Cuando cayó el Jefe”

Cuando murió el dictador Trujillo yo tenía alrededor de 15 años y hasta ese momento solo lo conocía a él como líder. En mi campo no se hablaba de política, porque eso llamaba desgracia decía mi papá y así nos mantenía al margen de todos esos temas, pero justo ese día como siempre me tocó ir con mi hermana Luz a buscar agua al río.

Siempre acostumbramos a dar recoger agua en unas cubetas, que terminábamos poniéndonos en la cabeza para poder subir la loma, cuando cruza un grupo de hombres corriendo y gritando a viva voz ¡Mataron al Chivo!.

Mi hermana al escuchar esa frase tiró todo y se echó a correr. Yo sin saber que hacer, la imité y ambas llegamos en pocos minutos a casa asustadas, donde mi mamá nos recibió en silencio. No sé cuánto tiempo pasó hasta que pudimos volver a salir, mis 9 hermanos y yo, solo recuerdo que se respiraba un aire diferente, nadie hablaba, nadie decía qué realmente pasaba. Cuando llegaban encargos a mi casa, mi abuelo los recibía y yo me escondía detrás de la puerta para escuchar, su compadre siempre le decía que nos cuidara, que el futuro de lo que seguía era incierto.

Una tarde, mi papá tomó su caballo y se fue antes de que saliera el sol, mi mamá estuvo pendiente de la puerta del rancho todo el día, y no fue sino hasta que cayó la noche cuando regresó con un chivo muerto y expresión contenta. Yo me acerqué y le pregunté qué había pasado a lo que él respondió “Flora de mi corazón, ya somos libres”.

Anexo 3

Yo no era muy aficionada a la cocina, lo único que me salía bien, era el agua hervida, por lo menos las veces en que el agua de la tetera no se evaporaba por completo. Margarita, mi hermana, era una experta en postres. Antes de cumplir cincuenta años, en su trabajo, la invitaron al retiro, en otras palabras, la obligaron a renunciar. Pero ella, que siempre fue muy

activa, ni corta ni perezosa, empezó a dar clases de repostería, los sábados por la tarde, a pequeños grupos de señoras, en su departamento de Miraflores. Ella preparaba los postres y luego se lo comían, acompañado de un delicioso té que solo ella sabía preparar. Yo también iba. Margarita una vez me dijo “Tu solo vienes a comer”, y yo le respondí, “No, yo aprendo viendo y probando. Te prometo que para tu cumpleaños te hago tu postre favorito, un pie de limón”. Ella me respondió ¡Uy, si me haces un postre, se va a caer el cielo! Las dos reímos, siempre reíamos. Con Margarita, nos llevábamos solo dos años. Cuando estábamos en el colegio, ella no me hacía mucho caso porque como era mayor, prefería estar con sus amigas “las superficiales”, pero en la casa siempre me ayudaba con las tareas. Cuando las dos estábamos en la universidad, empezamos a ser más amigas, ya no era mi hermana la mayor, era mi amiga. Íbamos a seminarios, charlas, marchas estudiantiles, hablábamos mucho de política y también íbamos a fiestas, siempre juntas. La gente, pensaba que éramos mellizas, teníamos el mismo corte de cabello y utilizábamos el mismo estilo de ropa. Luego la vida siguió su curso, ella consiguió un trabajo, conoció a un chico y se casaron, tuvieron dos hijos, luego sus hijos se casaron y se fueron de la casa. Mi hermana y su esposo, decidieron vender la casa, ya que para solo dos personas, les resultaba grande. Con el dinero de la venta de la casa, compraron un departamento en la cuadra dos, de la calle Tarata en Miraflores, un barrio bonito, tranquilo y elegante. Llevarían sus últimos días sin preocupaciones.

Llegó el 16 de julio de 1992, cumpleaños cincuenta de Margarita. Como caía un jueves, sus hijos no podían ir a saludarla, por el trabajo y los hijos que al día siguiente iban temprano al colegio. Pasarían la celebración para para el fin de semana. Pero, yo ese día pedí permiso en mi trabajo para no ir y celebrar con mi hermana. Cincuenta años solo se cumplen una vez en la vida, es un número importante. Me levanté muy temprano, para preparar el pie de limón prometido. Fui a almorzar a su casa a la 1pm. Como a las 3pm comimos el pie de limón, no estaba mal, estaba aceptable. A eso de las 6pm, mi hermana empezó a sentir retorcijones en el estómago, fui a la farmacia y le compré una pastilla, pero el dolor se incrementaba cada vez más. A las 9pm, con su esposo, la llevamos a Emergencias del Hospital Casimiro Ulloa. Alrededor de las 9:20 pm, ya en el hospital, escuchamos una explosión, todas las alarmas de los carros sonaban a la vez. Luego de unos minutos, varias ambulancias salieron del hospital, no sabíamos qué pasaba. Las enfermeras corrían de un lado para otro. Luego de unos minutos, la sala de emergencias, se llena de camillas. Vemos muchas personas heridas. Lo de mi hermana es apendicitis. La operan de inmediato. Siguen llegando más heridos. Nadie nos dice nada. Hay que esperar. Salgo a llamar por el teléfono público, para avisar a mi esposo que llegaré tarde. Mi esposo, mis hijos y mis sobrinos están afuera. ¡¿Estás bien?! ¿¿Estás bien?!, me dicen y me aturden. ¿Cómo se enteraron? Les pregunto. Mi esposo responde “Estalló un coche bomba frente al edificio de tu hermana”.